

Re-Configuraciones de la identidad. Reflexiones en torno a la figura de los sobrevivientes de los Centros Clandestinos de Detención, Tortura y Exterminio.

Lampasona, Julieta.

Cita:

Lampasona, Julieta (2010). *Re-Configuraciones de la identidad. Reflexiones en torno a la figura de los sobrevivientes de los Centros Clandestinos de Detención, Tortura y Exterminio*. VI Jornadas de Sociología de la UNLP. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología, La Plata.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-027/125>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eORb/6Sa>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.5/ar>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite:
<https://www.aacademica.org>.

VI Jornadas de Sociología de la UNLP
“Debates y perspectivas sobre Argentina y América Latina en el marco del Bicentenario.
Reflexiones desde las Ciencias Sociales”

Título de la ponencia: “Re-configuraciones de la identidad. Reflexiones en torno a la figura de los sobrevivientes de los Centros Clandestinos de Detención, Tortura y Exterminio”.

Nombre y Apellido: Julieta Lampasona

Pertenencia Institucional: Becaria del proyecto Ubacyt S437 “Las inhumaciones clandestinas (1974-1983) y su realización simbólica en los suburbios de la Ciudad de San Miguel de Tucumán”. Directora del Proyecto: Mercedes Vega Martínez. Área de Conflicto Social, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

Correo electrónico: julietalampasona@hotmail.com

Introducción

El presente trabajo se enmarca en la pregunta por los efectos sociales que los procesos de aniquilación por desaparición forzada de personas –desplegados en la Argentina durante la última dictadura militar- produjeron y continúan produciendo sobre la estructura de sujeto y su mundo de interrelación con los otros. Particularmente, me interesa reflexionar acerca de la forma en que estos procesos de violencia social se inscriben en la subjetividad y (re-)¹ configuran las identidades de aquellos sujetos que, habiendo atravesado situaciones de persecución, secuestro, reclusión, tortura y desaparición temporal, son hoy sobrevivientes de los Centros Clandestinos de Detención, Tortura y Exterminio –CCDTyE-.

El ser sobreviviente de los procesos de aniquilación remite a la experiencia de acontecimientos traumáticos que constituyeron una realidad altamente perturbadora y disruptiva del mundo simbólico y la estructura de sujeto. En este sentido, considero que la experiencia del cautiverio produjo rupturas, quiebres en el desarrollo de sus propias biografías. A partir de estas consideraciones, el objetivo general de la investigación consiste en indagar, entonces, acerca de la/s manera/s en que estos procesos se inscriben en la subjetividad y, mediatizados por el trabajo de la memoria y las modalidades de sutura y tramitación desplegadas, (re-) configuran identidades. Me interesa abordar el problema de la(s) identidad(es) que se constituyen en –y a partir de- situaciones sociales límites, abordando los quiebres, los matices y las múltiples temporalidades que se articulan en estas configuraciones identitarias, que conforman parte del campo del detenido –desaparecido y se constituyen, en este sentido, en relación al vacío.

En el presente trabajo, me interesa retomar la *palabra* del sobreviviente, su testimonio –que articula el decir acerca de la propia experiencia y el decir acerca de los otros, detenidos-desaparecidos-, para aproximarme a las formas en que el *haber estado allí* resuenan y re-configuran los procesos identitarios. Estas consideraciones nos permiten reflexionar en torno a la figura del sobreviviente como *testigo*; ello nos remite, por un lado, a la experiencia inenarrable, a la imposibilidad de la palabra de aquellos “testigos integrales” de los que habla Agamben y, por el otro –sustancial para nuestra propuesta-, a lo (im-)posible y disruptivo de la propia experiencia. ¿De qué da cuenta la palabra del sobreviviente, cuando esta tiene lugar?

En función de estas consideraciones, trabajaré, particularmente, en torno a algunos de los problemas teóricos que, considero, me permiten indagar y reflexionar acerca de la figura

¹ El prefijo “re-” colocado entre paréntesis pretende dar cuenta de la irrupción, de aquello nuevo y violento que irrumpe y que por su condición disruptiva golpea y quiebra el mundo simbólico y de la interacción. Aquello que se re-construye se constituye como no-idéntico a lo que fue con anterioridad a la situación de violencia, aun cuando el quiebre, la ruptura no sea simbolizada y enunciada.

del sobreviviente, intentando avanzar sobre la pregunta respecto de qué identidad/es se (re-) configura/n a partir de la experiencia concentracionaria y de qué manera se articulan en una narrativa. Asimismo, articularé estos desarrollos teóricos con el abordaje de los testimonios brindados en el libro “Ese infierno. Conversaciones de cinco mujeres sobrevivientes de la ESMA”², dado que las problemáticas abordadas allí y la modalidad que asume la narrativa – conformada a partir de reflexiones colectivas, complejas y profundas- constituyen un material de relevancia analítica y conceptual a los fines del trabajo que me propongo realizar.

Las reflexiones que guían este trabajo se articularán, entonces, en torno a los siguientes apartados:

I. Los procesos de violencia social y la irrupción de la ruptura. Lo traumático y los problemas de la simbolización. En este primer apartado, nos interesa reflexionar acerca de la irrupción de aquello que golpea el mundo de la interacción social y lo simbólico y, por su carácter disruptivo, se inscribe en la estructura de sujeto.

II. La desaparición forzada y el abordaje del vacío. En este apartado, consideraremos la especificidad de esta tecnología de exterminio, adentrándonos en los procesos a los que apertura. Particularmente, reflexionaremos en torno a los problemas inherentes a la posibilidad de representación y la vida social que se desarrolla en torno al vacío.

III. El CCDTyE y los procesos de desubjetivación. Nos interesa, aquí, reflexionar en torno a las resonancias de la experiencia concentracionaria. Particularmente, orientaremos el análisis a la figura del sobreviviente, al proceso de avasallamiento del sujeto y su anclaje en el mundo social. Esto nos permitirá aproximarnos al siguiente eje analítico, en torno qué identidad se (re-)construye.

IV. El problema de la identidad. ¿Qué identidad/es (re-)construyen, si es posible, los sobrevivientes? Intentaremos reflexionar acerca de la especificidad que suponen la ruptura y el vacío para el sobreviviente: lo que no se restituye, la imposibilidad de pensar en lo idéntico a sí mismo. Ruptura que se inscribe en la estructura de sujeto y, a partir de ello, constituye. El prefijo “(re-)” como construcción en la catástrofe.

V. Consideraciones finales: El testimonio y aquello que se pierde –o recupera- de la experiencia del sujeto. Volver sobre el avasallamiento, pensando en lo que supone la ruptura. La necesidad / posibilidad de “dignificar” la figura del sobreviviente. Importancia de habilitar

² Actis, Aldini, Gardella, Lewin, Tokar: “Ese Infierno. Conversaciones de cinco mujeres sobrevivientes de la ESMA”. Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 2001.

el espacio social de la escucha y retomar la palabra del sobreviviente, recuperando su experiencia. Agamben y la doble figura del testigo.

I. Los procesos de violencia social y la irrupción de lo que *quiebra*

Los procesos de violencia social irrumpen en la cotidianeidad de la vida, produciendo quiebres en la estructura de sujeto, desarticulando su mundo de la interacción, aislando y quebrando los proyectos colectivos. En la dimensión del mundo simbólico, las experiencias sociales límite re-configuran el conjunto de representaciones y significaciones que el/los sujeto/s, en relación con otros, han producido acerca del mundo social. En tanto experiencias traumáticas, *“la violencia vivida se incorpora al mundo fantasmático, de modo que a partir de ese momento la propia historia se reorganiza alrededor del núcleo traumático”* (Ulriksen-Viñar, 1991: 125). Estos acontecimientos producen un vacío en la representación simbólica; la realidad social se presenta como imposible de representar, poblada de agujeros vacíos de significación, dando lugar a olvidos significativos sobre los que se apoyan generalmente los procesos de negación y de renegación social y todo lo referido al ámbito de lo reprimido: *“en circunstancias de catástrofes los procesos de la memoria sufren fragmentaciones bloqueándose parcial o totalmente el acceso a la rememoración. En situaciones traumáticas, la violencia del acontecimiento, por su carácter de experiencia masiva o inesperada y por la intensidad de estímulos que implica, puede quedar fuera del registro de lo simbólico, de lo expresable; lo vivido es vaciado de sentido, queda como un hueco, al que no se tiene acceso por medio del recuerdo ni es posible su reconstrucción histórica”* (Kaufman, 1998). A nivel social, la situación traumática circula produciendo y multiplicando miedos, olvidos y silencios.

Los procesos de tramitación y los trabajos de rememoración permitirían simbolizar y tramitar –de forma compleja, conflictiva, parcial- estas experiencias traumáticas. Como señala la teoría psicoanalítica, los procesos de elaboración se despliegan articulando de un modo específico trabajos de duelo –en tanto procesos de separación de la libido del sujeto respecto del objeto de amor perdido (Freud, 1976 [1915])- y de rememoración: la construcción del recuerdo exige un tiempo de duelo a partir del cual el sujeto –o el colectivo- elabora la pérdida, simbolizando y construyendo significados en torno a esta realidad disruptiva. Es por ello que la elaboración de lo vivido en situaciones sociales límites requiere un esfuerzo por parte del sujeto –o el colectivo-; simbolizar y nombrar, a través de la palabra, las experiencias vividas en situaciones traumáticas implica un trabajo de elaboración del recuerdo, un proceso a partir del cual se toma distancia y se interpretan las huellas de ese

pasado. En este sentido, el trabajo de la memoria “*permite distinguir el pasado del presente y reconocer (...) algo que está relacionado con el aquí y ahora pero no es idéntico a él*” (LaCapra, 2005: 86).

Ahora bien, LaCapra (Ibíd.) introduce una noción de relevancia, en tanto que propone la posibilidad de pensar los procesos de elaboración de manera no-binaria. La tendencia a la repetición y el acting out, por un lado, y la elaboración, por el otro, constituirían límites posibles de un campo en el que se despliegan múltiples modalidades de tramitación que los incluyen, conjuntamente.

Por su parte, nombrar la experiencia requiere –primero y antes que nada- de palabras que puedan enunciarla, de poder representarla y así, resignificarla. Sin embargo, la posibilidad de nombrar, de traer en la evocación la experiencia, duele y ese dolor puede aparecer como espacios faltos de verbalización, que emergen como silencios y/u olvidos. Estos silencios u olvidos, pueden remitirnos a eventos que no se quieren recordar porque su rememoración duele –y, en este sentido, constituirían un alivio para el sujeto y/o los colectivos- o porque no se encuentran las palabras que ayudarían a representar aquello que se quiere explicar, siempre diferentes de aquello que no se puede nombrar porque sencillamente remite a procesos faltos, vacíos de simbolización. Estas consideraciones nos permiten pensar en las distinciones que propone Puget (1991) en relación a lo propio de lo *impensable* –aquello que remite al vacío, a la herida intolerable asociada a lo siniestro; vinculado al orden de lo incognoscible, en tanto que resulta de la imposibilidad de ser puesto en palabras- y lo *impensado* –aquellas que, faltas de simbolización, sólo pueden ser significadas y traducirse en palabras y por ello, pensadas, en la relación con un otro.

La experiencia subjetiva de elaboración y enunciación de la palabra requiere, necesariamente, de condiciones sociales que la habiliten. En este sentido, estos trabajos de sustantivación y tramitación de los procesos de avasallamiento sufridos requieren de un espacio social que los habiliten, como así también de un compromiso colectivo de construcción de sentidos que den cuenta de esos olvidos, que rompan los silencios y que nombren lo vivido.

Ahora bien, en ciertos contextos y aun cuando el terror –en tanto operador social- ha reorganizado el mundo de la vida, podemos pensar la existencia de fisuras a través de las cuales los sujetos –en relación con otros- *hacen*, y en el desarrollo de sus prácticas (re-) construyen identidades, al tiempo que elaboran, socialmente, sentidos y narrativas que les son propios. Me interesa, entonces, aproximarme a estos haceres del sujeto, a su capacidad de acción y de creación en contextos sociales complejos, como aquellos tan propios de las

confrontaciones y exterminio de los '70 y sus consecuencias sociales. Estas consideraciones permiten aproximarnos a las múltiples rupturas y reconfiguraciones que producen los procesos de desaparición forzada en la Argentina, tanto a nivel de las relaciones sociales como de los sistemas sociales de representación y la estructura de sujeto.

II. La desaparición forzada de personas. Acerca de las rupturas y la vida social en un im-posible

En el campo de estudios relativos a los efectos sociales del Terrorismo de Estado, existe una vasta producción teórico-analítica elaborada desde diferentes ámbitos disciplinares como la Sociología, la Filosofía, la Historia y el Psicoanálisis, que sirve de apoyo para estas reflexiones³. Particularmente, y teniendo en cuenta lo desarrollado en el apartado anterior, me interesa retomar aquellos que permiten pensar en la especificidad que, en tanto proceso social, implicó –y continúa implicando– la desaparición forzada, intentando reflexionar acerca de aquello propio del vacío de significación.

El despliegue del Terrorismo de Estado en la Argentina, durante la última dictadura militar, implicó un profundo proceso de disciplinamiento social que produjo quiebres y transformaciones significativos en el mundo de la interacción social, como así también importantes desacoples y reconfiguraciones en la dimensión simbólica y de las representaciones sociales. En este contexto, la desaparición forzada de personas constituyó una tecnología de exterminio que, sostenida en el terror en tanto operador, implicó un proceso de extrema complejidad social, cuyas resonancias persisten en el presente.

Ahora bien, ¿qué implica la desaparición? Como sostiene Vega Martínez (1997), la desaparición de un individuo constituye un proceso complejo que trasciende su muerte, en tanto se inscribe y circula socialmente produciendo profundas reconfiguraciones. En este sentido, los procesos desaparecedores involucraron al complejo social en su conjunto, instalando el miedo y el terror y generando procesos de aislamiento e inmovilidad frente al poder represivo; la desaparición forzada de personas constituyó una tecnología de exterminio de gran complejidad cuyas resonancias se extendieron al conjunto social: *“¿Qué es lo que desaparece? Un individuo, un cuerpo, personifica y a la vez articula relaciones sociales que, ante la irrupción súbita de esta forma de violencia tan particular, se rompen, se vulneran. Se rompen sobre cada uno de los cuerpos que han desaparecido, pero también sobre los cuerpos de los sobrevivientes. Se rompen, se vulneran y desaparecen, porque un cuerpo, un individuo,*

³ Múltiples son los desarrollos al respecto; particularmente, retomaré los trabajos de Kaës, 1991; Puget, 1991; Vega Martínez, 1997 y 1998; Calveiro, 1998 y Gatti, 2005 y 2008.

ha sido dominado, ha sido sometido, ha sido avasallado, ha sido supliciado, ha sido “DESAPARECIDO”, a partir de considerar que es en el sujeto y en su propio cuerpo el lugar en donde se asienta y se debate el problema de la dominación y del poder” (Vega Martínez, op. cit.: 187).

La desaparición quebró los grupos de pertenencia, desarticuló el mundo de las relaciones sociales y las construcciones simbólicas produciendo, por ello, una catástrofe social (Kaës, op. cit.; Puget, op. cit.). Desarticulando los núcleos de pertenencia y los proyectos colectivos, esta realidad se constituyó como irrepresentable para el/los sujeto/s. Así, los procesos de desaparición forzada produjeron una ruptura, un resquebrajamiento entre las cosas y las palabras que las enuncian, quebrando la relación entre realidad y lenguaje.

El problema de la representación, y en términos generales, la disociación entre realidad social y lenguaje, constituye una dimensión de análisis interesante y necesaria de considerar, si nos preguntamos acerca de las resonancias sociales de los procesos desaparecedores. Al respecto, podemos señalar que diferentes campos disciplinares –como la Sociología y el Psicoanálisis- se han abocado a reflexionar en torno a ella; ello resulta interesante, puesto que permite complejizar las líneas de abordaje de nuestro problema de trabajo.

En el ámbito del Psicoanálisis, me interesa retomar los desarrollos realizados por Puget y Kaës (1991) en torno a la irrupción del terror de Estado –fundamentalmente, a partir de la desaparición forzada- como aquello que golpea socialmente y constituye, por su violencia fuertemente disruptiva, vacíos de significación. Como señala Puget, los procesos de violencia social, profundizados en la Argentina a partir del Terrorismo de Estado⁴, impusieron un estado de amenaza social a partir del cual el encuentro y el compartir con el otro remitía a situaciones de peligro. Es por ello que la desaparición, en tanto proceso, desarticuló los espacios relacionales, impulsó al silencio e implicó, con ello, un ataque a la palabra y a la propia actividad del pensamiento. En este sentido, la figura del desaparecido y los procesos de terror desplegados, se inscriben en la estructura psíquica, suponen un ataque a la identidad del sujeto y remiten a lo propio del vacío, al tiempo que circulan socialmente. En el mismo sentido, señala Kaës: “(...) entendemos por ello el aniquilamiento (o la perversión) de los sistemas imaginarios y simbólicos predispuestos en las instituciones sociales y

⁴ Me interesa pensar en las articulaciones de los procesos desplegados durante el período histórico 1976-1983 y los elevados niveles de confrontación social previos. Particularmente, es necesario señalar que la tecnología de la desaparición comenzó a desarrollarse en los períodos previos al golpe de Estado. El Operativo Independencia, llevado a cabo durante el año 1975 en la provincia de Tucumán, en el norte argentino, operó como laboratorio y territorio de perfeccionamiento de estas prácticas de exterminio.

transgeneracionales. (...) Las situaciones de catástrofe social provocan efectos de ruptura en el trabajo psíquico de ligadura, de representación y de articulación. El pensamiento está coartado por la dificultad de representarnos la violencia asociada a la ruptura catastrófica. (...) El primer acto de la violencia social catastrófica es el de establecer el terror mediante la desarticulación de los procesos del pensamiento. Es por ello por lo que la abolición del mundo simbólico da al objeto desaparecido el estatus enloquecedor de una representación fantasmática en el psiquismo. La angustia que suscita el terror no puede ser reprimida ni proyectada, ni ligarse a representaciones de cosas y palabras, ni encontrar representaciones y objetos en el simbolismo lingüístico y social. El ataque contra la identidad de la especie (genocidio) y de la sociedad (tortura, desaparición) es un ataque contra el orden simbólico...” (Kaës, op. cit.: 167 y 168).

Dentro del campo de la Sociología, por su parte –e intentando establecer una línea de articulación entre los diversos desarrollos-, resulta pertinente retomar el análisis que realiza Gatti (2008) en torno al vacío, a las identidades que se configuran a partir de lo social des-, de la catástrofe y, particularmente, acerca de la figura del detenido-desaparecido y las reconfiguraciones que instituye en la vida social. Como propone el autor, la desaparición forzada constituye una catástrofe puesto que abre una grieta, produce una ruptura – permanente- entre la realidad social y el lenguaje que la constituye, la enuncia y representa. En este sentido, va conformando un espacio social –el campo del detenido desaparecido- en el que se configura un desajuste permanente entre las palabras y las cosas, entre los hechos y el sentido. La ruptura que instala la desaparición forzada, se convierte en estructura y constituye realidad.

Ahora bien, ¿cuál es la especificidad de esta realidad social que se constituye a partir de la desaparición forzada? ¿En qué consiste esta catástrofe? Como sostiene Gatti, la desaparición forzada de personas supuso –y supone aún hoy, por ello- una catástrofe, en tanto que produjo una devastación de la identidad y del lenguaje y sus múltiples relaciones. Destruyendo aquello propio del individuo – ciudadano moderno, como así también las formas de representación que lo acompañan, la desaparición im-posibilita que la identidad se viva y se represente.

La identidad que la desaparición forzada devasta es aquella propia de la modernidad, vinculada al proyecto civilizatorio. Esa identidad –la del individuo-ciudadano, en tanto producto por excelencia de la lógica moderna- sólida, estable y duradera, construida en torno a un nombre, una historia y un territorio, será destruida. Asentada sobre la lógica moderna – que supone, por un lado, la construcción y el desarrollo de la vida social en torno a todo

aquello posible de ser representado, de todo aquello que puede ser dotado de sentido y, por el otro, la eliminación de lo incómodo, lo conflictivo, lo residual-, esta tecnología de exterminio supone, no la irrupción de la barbarie, sino el despliegue exacerbado del proyecto civilizatorio. Los pares cuerpo – nombre, sujeto – familia / historia (aquello propio de la temporalidad), Estado – ciudadano (dimensión espacial, aquella que remite al territorio social), que conforman los pilares de las identidades fuertes, limpias, duraderas, propias de la sociedad moderna, fueron avasallados y desarticulados.

Asimismo, esta figura novedosa del detenido-desaparecido, su emergencia y la violencia disruptiva que la hace posible, rompen nuestras estructuras cognitivas e imposibilita el lenguaje. Aquello que nos permitía pensar la vida social, los muertos y los vivos, las presencias y las ausencias en un tiempo y espacio determinados, se desvanece. En este proceso, el detenido-desaparecido se constituye como un nuevo estado del ser, en tanto que se constituye en un espacio irresoluble de ausencia / presencia, acecho permanente. La desaparición forzada inaugura, así, un sin-espacio y un sin-tiempo; el “desaparecido” supone un estado del ser que nunca se acaba⁵.

Y sin embargo, en este campo del detenido – desaparecido que se estructura a partir de la catástrofe, se vive; el vacío se habita. Si bien la desaparición produce una catástrofe, agrietando la vida social y su representación, desarticulando identidad y lenguaje, existe un lugar desde el cual se vive. El vacío, aún cuando inabordable, irrepresentable, se encuentra lleno de vida.

El vacío, entonces, ese “(...) lugar que aunque social, no parece poder entenderse con las herramientas de la(s) sociología(s); un lugar existente pero irrepresentable. (...) el vacío depende de la observación y la observación directa del vacío es imposible. Lo llena. La única manera de acercarse a él es a través de las huellas que deja sobre la realidad plena” (Gatti, 2005: 9)⁶. El problema teórico y epistemológico sería, siguiendo al autor, el siguiente: ¿cómo pensar y aproximarse a esta vida que se desarrolla *en y por* la catástrofe? ¿Cómo abordar la especificidad de la figura del detenido-desaparecido y el campo que instituye, aquella propia de la ruptura y el vacío social? ¿Cómo es, entonces, que se vive, se habita y, en particular, se bordea y se piensa el vacío? Sus reflexiones nos invitan a pensar, como señalé

⁵ Incluso luego del hallazgo de los restos y la certificación de la muerte, el desaparecido no deja de serlo. En este sentido, la desaparición rompe también nuestro lenguaje, dado que es necesario redefinir nuestras herramientas conceptuales para pensarla: nuestras categorías modernas de “duelo”, “muerte”, “cierre”, entre otras, no dan cuenta de la especificidad de esta catástrofe y, como tales, deben repensarse.

⁶ Al respecto, los desarrollos teóricos de diversos autores –como Barel, entre otros- han permitido avanzar en la construcción de conocimiento acerca de la vida social en el vacío y los modos particulares de aproximación. Ver Gatti, *Ibíd.*

previamente, en el problema de la representación, principalmente, cuando ella resulta (im-) posible.

Este abordaje es posible, sostiene Gatti, a partir de las narrativas que se configuran en torno a la figura del detenido-desaparecido. Estas narrativas, que suponen posiciones discursivas, procesos performativos que constituyen la base de las identidades sociales, deben ser pensadas en términos de “tipos ideales”, límites posibles que atraviesan el campo y que suponen la tensión entre lo pleno de sentido y aquello que le rehúye. “*Entre la búsqueda del sentido y la gestión cotidiana de la ausencia estamos todos*”. (Gatti, op. cit.: 25). En términos generales, las *narrativas del sentido* son aquellas más duras, originarias, trágicas, que tienen por vocación dotar de sentido, explicar y explicarse la novedad radical que implicó el detenido-desaparecido; así, busca representar, exorcizar el horror, recuperar lo ocultado. Por su parte, las narrativas de la *ausencia de sentido* son aquellas que, desde la “parodia”, aspiran a habitar esta ausencia. Sin ser dominantes como las primeras, pueden vincularse más a las segundas generaciones, a los “hijos-de...” (Gatti, Ibíd. y 2010). Surgidas y desarrolladas en la ausencia, buscan gestionar ese imposible que supone el detenido-desaparecido y el campo que apertura, al tiempo que inventan lenguajes para esa realidad asumida como catastrófica, incómoda, pero aceptada así y en la cual habitan. Estas narrativas, precisamente, plantean el problema de cómo gestionar una vida que se desarrolla en un imposible.

En este campo, producto del arrasamiento del sujeto, en estas tensiones entre el sentido y su ausencia, podemos pensar la identidad y la palabra del sobreviviente.

III. La experiencia concentracionaria y los procesos de desubjetivación

Para adentrarnos en el análisis de algunos de las cuestiones que hacen a la radicalidad de la experiencia concentracionaria⁷, considero relevante retomar parte de los desarrollos teóricos realizados en relación a la experiencia nazi, dado que aportan herramientas conceptuales interesantes para aproximarnos a la problemática de interés. Diferentes autores han reflexionado en torno a la experiencia de los campos de concentración y exterminio nazis. En este sentido, señalan que el *campo* se constituye como el espacio social en el cual el estado de excepción –como suspensión del orden jurídico que asegura su continuidad (Agamben, 2003)- se convierte en regla y, por ello, constituye el ámbito por excelencia en el que se despliegan procesos que apuntan a la reducción del sujeto a nuda vida (Agamben,

⁷ Considero que, en el caso del detenido-desaparecido, la experiencia concentracionaria remite a la serie que articula las situaciones de persecución – secuestro – reclusión – tortura - asesinato - desaparición del cadáver. Para los sobrevivientes de los CCDTyE, la misma supone persecución – secuestro – reclusión – tortura – desaparición temporal.

2000 y 2002). Los procesos de des-subjetivación a los que apertura la experiencia concentracionaria constituyen un aspecto central en su dinámica y es el sobreviviente quien daría cuenta de ellos a partir de su testimonio: el testigo da cuenta de la imposibilidad de decir del “musulmán”, de aquel que ha sido reducido a su mera condición de viviente, ha atravesado la experiencia radical del campo y, en cuanto tal, se constituye en testigo integral de una experiencia inaccesible e impensable (Agamben, op. cit.).

Ahora bien, el ejercicio del poder –aun cuando se pretende total y absoluto- supone siempre la posibilidad de puntos de fuga. En este sentido, y en relación a la experiencia argentina, Calveiro (1998) reflexiona acerca del desarrollo de prácticas de resistencia y líneas de fuga desplegadas por parte de los detenidos de los CCTyE, que constituyen las grietas, las fisuras de un poder que se pretende dador de vida y de muerte. No obstante, la lógica desplegada al interior de los CCTyE, constituyó una realidad traumática, perturbadora y disruptiva; la entrada a este territorio social específico abrió a procesos de avasallamiento de todo aquello que constituye la humanidad del sujeto y su propia identidad. Particularmente, la experiencia de la tortura constituye una marca que se inscribe en la materialidad del cuerpo y en el mundo psíquico (Ulriksen-Viñar, op. cit.) y, en este sentido, representa “*un ataque específico hacia todo lo que es activo y creativo en el yo, un ataque al pensamiento simbólico (...) y a la identidad*” (Amatis Sas, 1991: 109).

Por su parte, y a diferencia de otras experiencias de exterminio, los sobrevivientes de los CCTyE fueron, en su mayoría, liberados por sus mismos captores. En términos sociales y particularmente en relación a la mirada de los otros, ello abrió a cierto cuestionamiento y estigmatización social en torno a su figura, por el hecho mismo de haber regresado cuando otros no lo hicieron. Para muchos de ellos, la sobrevivida constituyó –e incluso constituye- un cuestionamiento permanente de sí mismos, disparador y punto de anclaje de un sentimiento de culpa y de la búsqueda acechante de respuestas que den sentido a la propia existencia: “*La libertad no llegó para todos los sobrevivientes del mismo modo. A muchos los obligaron a quedarse, vigilados, en el país, trabajando en lugares controlados por la Armada, sometidos todavía. El control ni siquiera cesó cuando finalmente pudieron salir al exterior. Y, para la mayoría, empezó el padecimiento de la culpa: ¿Por qué solamente nosotros quedamos vivos?*” (Actis, et. al., 2001: 261).

Los sobrevivientes *han estado allí* (Ricoeur, 2008), han atravesado la experiencia concentracionaria, han sido despojados de aquello que los anclaba en lo social, avasallados en su constitución subjetiva y en sus configuraciones identitarias, *pero han vuelto* y han sido los primeros en dar cuenta de las especificidades que asumieron los procesos de desaparición

forzada, precisamente, a partir de lo imposible de su representación. Lo que el CCTyE instala –en tanto espacio social en el que se despliega la desaparición forzada– es, precisamente, la escisión radical de la palabra y la cosa y apertura, así, a la vida en el imposible. La experiencia concentracionaria irrumpe y se inscribe en la propia biografía y desde allí, como una presencia latente, solapada, fantasmática, acecha y despliega en una temporalidad anacrónica: *“Después de haber pasado por un Campo de Concentración, uno puede llevar una vida en apariencia normal. Trabaja, lleva a los chicos al colegio, viaja, hace las compras, va al cine. Hasta que, algunas veces contundente, demoledor e incendiario como un rayo, otras suave, engañoso y envolvente como la niebla, el Campo de Concentración se hace presente. Y entonces, uno se paraliza: se perciben los olores, se ve la oscuridad, se escucha el arrastrar de las cadenas, el ruido metálico de las puertas, los chispazos de la picana, se siente el miedo, el peso de las desapariciones. Periódicamente, desde hace muchos años, a veces disparados por hechos concretos –como la citación a declarar en un juicio, la noticia sobre la recuperación de un bebé o el aniversario de una “caída”–, otras por una cara vista en la calle, una fotografía vieja, una carta amarillenta en un placard, una lectura..., los recuerdos nos acechan y nos atrapan”* (Actis, et. al., Ibíd.: 31).

Ahora bien, ¿qué es aquello que se quiebra y se re-configura a partir de esta experiencia?, ¿qué “vuelve a ser” el sobreviviente, cuando no puede ser idéntico a lo que ha sido? ¿Cómo rastrear estos procesos que se abren en la subjetividad e identidad de estos sobrevivientes? Y, a partir de estas consideraciones, ¿de qué da cuenta su palabra, su testimonio y, en términos generales, su narrativa?

IV. El problema de la identidad. ¿Qué identidad es aquella que (re-) construye, si es posible, el sobreviviente?

Antes de adentrarnos en algunas de las cuestiones que nos resultan interesantes para reflexionar acerca de la figura del sobreviviente, y para enriquecer nuestras consideraciones respecto de la/s identidad/es que se constituyen en el límite, en un imposible, y las modalidades de representar/decir vinculadas a ella/s, resulta pertinente retomar algunas de las herramientas conceptuales desarrolladas por Gatti al referirse a las *identidades débiles*⁸. Particularmente, me interesa pensar a la identidad no como la esencia que remite a un estado

⁸ Esta denominación debe entenderse en tanto que, apoyadas sobre los intersticios de aquellas identidades propias de la modernidad, fuertes, duraderas, estables, vinculadas a un nombre, a un territorio y una historia únicos y permanentes, se constituyen como diferentes. Lo que el concepto “débil” nos posibilita –y en este sentido es que nos interesa– es abordar lo residual, lo incómodo y conflictivo de la realidad social, los espacios sociales que se abren cuando tiene lugar el prefijo “des-“, cuando se instituye la excepción en lo social de la lógica moderna; abordar, entonces, lo fragmentario, la ruptura, lo múltiple e inestable.

estable, permanente, cerrado del ser sino, precisamente, como un territorio habitable, múltiple y heterogéneo que se constituye en el hacer del/los sujeto/s. En tanto representación habitable, que se constituye en el mundo relacional y del hacer, crea realidad: “(...) *la identidad no remite a un ser; remite a un lugar donde la identidad se hace y se vive... en las representaciones de la identidad. Así pues, la identidad como un espacio donde introducirse, donde estar*” (Gatti, 2007: 15 y 16). En tanto trabajo, disposición del hacer, esta noción de identidad nos permite pensar en la dimensión de la reflexividad del sujeto.

Estas consideraciones nos permiten considerar, por un lado, en los haceres del sujeto y, por el otro, en lo múltiple, lo heterogéneo, lo conflictivo, lo incómodo, que se constituye en el límite que supone la experiencia concentracionaria. Parto de la hipótesis que el ser sobreviviente de los procesos de aniquilación remite a la experiencia de acontecimientos traumáticos que constituyeron una realidad altamente perturbadora y disruptiva del mundo simbólico y la estructura de sujeto, cuyas resonancias pueden rastrearse aun en el presente. Asimismo, considero que existen *múltiples* espacios y mundos de relación intersubjetiva y estructuras singulares, que confluyen en *haceres y tramitaciones diferenciales* –las cuales pueden hacerse observables en formas de enunciación divergentes, en tipos particulares de evocaciones y en las modalidades de emergencia de las temporalidades en los relatos de los sobrevivientes-. Como interés general de la investigación, me interesa indagar, precisamente, acerca de la/s manera/s⁹ en que estos procesos irrumpen y reconfiguran el mundo de la interacción y de las prácticas y, principalmente, cómo se inscriben en la subjetividad de los sobrevivientes y, mediatizados por el trabajo de la memoria y las modalidades de tramitación desplegadas, (re-) configuran sus identidades –singulares y, si las hubiera, colectivas.

Como señalé previamente, la experiencia concentracionaria instala una realidad radicalmente disruptiva para la estructura de sujeto; lo que comienza a ser –aún cuando inestable, fragmentado-, producto de la ruptura, se constituye –siempre- como no-idéntico a aquello que fue, a aquello que remite al ámbito de la biografía, de la identidad y el representar/decir acerca de ello. En este sentido, la experiencia del cautiverio produjo rupturas, quiebres en el desarrollo de las propias biografías que constituyen realidad: “(...) *la del sobreviviente es una biografía con un antes y un después de la desaparición. Una identidad a reconstruir, arrasada por la experiencia límite del campo: de ese mundo (...) se retorna otro y ya no se mira el mundo con los mismos ojos*” (Longoni: 2005, 208).

⁹ Me interesa, precisamente, abordar en el análisis tanto las semejanzas como los matices y las diferencias.

Ahora bien, la pregunta –nuevamente- radica en cómo es posible pensar esta vida que se constituye *en y por* la catástrofe. El problema, considero, es poder pensar en la dimensión constitutiva de la ruptura; en el espacio social que se vive y se habita pero que supone lo completamente otro de lo idéntico. En este sentido, considero que debe entenderse el prefijo “(re-)”, en tanto que nos permite pensar en el hacer, en la construcción, en la vida en la catástrofe. Como señalé anteriormente, el prefijo “re-”, colocado entre paréntesis, pretende dar cuenta de la irrupción, de aquello nuevo y violento que irrumpe y que por su condición disruptiva golpea y quiebra el mundo simbólico y de la interacción. Aquello que se re-construye se constituye como no-idéntico a lo que fue con anterioridad a la situación de violencia, aun cuando el quiebre, la ruptura no sea simbolizada y enunciada o dicha enunciación sea parcial, fragmentada:

“Elisa: Yo sigo pensado, por los relatos de ustedes, que todo lo viví de manera inconsciente. Haciendo como que no me había pasado nada.

Munú: Cuando vos caíste era mucho más duro, caía mucha más gente.

Elisa: Mi estado de inconciencia era total; yo no pensaba. Creo que mi toma de conciencia ocurre después. ¡Mantuve la capucha durante años! Seguí mucho tiempo así.

Munú: Yo no sé si tengo la capucha entera, pero varios flecos seguro que tengo.

Elisa: A mí me sacudió el juicio a las Juntas, hizo que empezara a quitármela. Y a la vez me di cuenta de que no me acordaba de nada, sólo conocía algunos nombres de guerra y no podía asociarlos a las personas. Después de eso vino la angustia y el preguntarme para qué estaba viva, para qué me habían dejado vivir si estaba como muerta. En ese momento empecé a creer que me había matado a mí misma, me había autodestruido. Hasta que comencé a hacer terapia y así llegué a comprender que los marinos habían destruido una parte de mí.

Munú: ¿Cómo saliste de esa situación de angustia?

Elisa: Esos golpes son de por vida. Es tal el jaque a tu identidad, que es difícil encontrar una manera de reconstruirla. Aunque cada caso es diferente” (Actis, et. al., op. cit.: 53).

En este sentido, referirnos a la/s identidad/es que (re-)construyen los sobrevivientes, supone advertir el quiebre, no sólo de la palabra, sino también y, fundamentalmente, de la propia experiencia y la propia biografía. Lo *im-posible*, aquello que remite al vacío, se constituye no sólo en tanto irrepresentable sino que remite, también, al quiebre de la experiencia, a la ruptura del proyecto de vida, a la grieta que se inscribe en la estructura de sujeto y desde allí (re-) configura su propia biografía:

Miriam: Cuando salí de la ESMA, y mi mamá se quejaba porque no tenía plata para pagar el gas, yo le contestaba: “Cociná con un calentador”. Todas las cosas cotidianas me parecían tan fútiles, las preocupaciones diarias tan estúpidas. A lo mejor, por un lado fue enriquecedor dejar de apreciar lo mundano.

Elisa: ¿Pero no es una pérdida?

Liliana: Es enriquecedor, pero tiene una carga. Es letal.

Elisa: Eso es lo que yo siento haber perdido, la espontaneidad.

Liliana: Lo que éramos.

Cristina: El entusiasmo.

Munú: Todo es más relativo.

Elisa: El proyecto de vida.

Liliana: Un proyecto que no fue destruido de una manera inocua. Lo que hicieron fue minar los ideales, forzarnos a que nos adaptáramos a sus conductas como estrategia de supervivencia. A nadie la vida se le presenta tal como se la imaginó a los quince años, es cierto, pero hay maneras y maneras de que no te salga la vida como pensabas, y esta es una manera terrible.

Miriam: Es la peor.” ((Actis, et. al., Ibíd.: 67 y 68).

Ahora bien, la toma de la palabra, el testimonio¹⁰, en este sentido, dice acerca del límite, sobre lo im-posible. Pero este decir es múltiple, al tiempo que liberador, en tanto constituye un proceso –entre otros- que apunta a re-construir la subjetividad e identidad avasalladas (Pollak, 2006):

Elisa: (...) El juicio me abrió la cabeza, empecé a tomar conciencia de que esa no era mi vida, entonces pedí ayuda y pude empezar a vivir otra historia. Comencé a reconocer que seguía siendo víctima, que había un enemigo, un victimario. Aún hoy, estas, en parte, son sólo palabras, porque en el fondo sigo reconociendo actitudes culposas en mí. Yo pienso que para alguna gente, declarar en la CONADEP fue como un respiro. Un antes y un después. No sé si vos, Miriam, lo viviste así o ya habías podido romper antes.

Miriam: Cuando declaré en Nueva York ante la CONADEP me quedé más tranquila. A lo mejor la gente que estuvo exiliada en lugares como España o México y se mantuvo en contacto con otros sobrevivientes pudo charlar más sobre lo que le había pasado.

(...)

¹⁰ No pretendo ceñirme, en este trabajo, al testimonio brindado en sede judicial sino que me refiero al testimonio en un sentido más amplio, en tanto toma de la palabra que excede la esfera de lo privado.

Liliana: Yo sentí alivio recién cuando pude hacer un testimonio y decir todo lo que sabía. Recién ahí fue cuando me liberé, cuando sentí que finalmente me había comprometido.

Elisa: a mí me pasó cuando fui a declarar al CELS, y después cuando hicimos una nota, hace como diez años, por el tema de las embarazadas, que apareció en los diarios. Necesitaba que mi nombre apareciera, empezar a conectarme con la vida a través de un testimonio” (Actis, et. al., op. cit.: 278).

Decía, también, que este decir es múltiple. Por un lado, construye una narrativa que se refiere a la muerte del otro y en ese decir materializa la paradoja de su palabra: a través de su narrativa, el sobreviviente dota de palabra a aquel que ha experimentado al límite la desaparición, pero que por ello no puede narrarla. Pero también *dice* de lo imposible y extremo de su propia experiencia, a partir de la cual ha sido llevado al límite, al encuentro con la muerte, del cual, sin embargo, ha retornado en tanto que ha re-aparecido. Nuevamente, sostengo, que ese “aparecer” supone / apertura / impone una cosa otra. A partir de su liberación, el sobreviviente “vuelve” a la vida, pero queda amarrado, al mismo tiempo, en ese espacio y ese tiempo de su desaparición: *“En la ESMA yo también sentí que me mataban. La que yo era murió. Es uno de los recuerdos de sensaciones más fuertes que tengo de todo el tiempo que estuve ahí dentro: sentí la muerte. De ese punto nunca se regresa totalmente”* (Actis, et. al., *Ibíd.*: 66).

La narrativa del sobreviviente, difícil, (im-)posible, dice acerca de la grieta que instala la desaparición forzada. Lo hace de forma relacional, siempre en relación a aquel que ha sido privado de la posibilidad de la palabra; pero también habla de sí, de su propia experiencia, de su propio avasallamiento. Lugar difícil; (im-)posible. “(Im-)” en tanto que en él es posible, no obstante, la vida.

V. Consideraciones finales: El testimonio y aquello que se pierde –o recupera- de la experiencia del sujeto

A lo largo de este trabajo, he intentado aproximarme a algunos lineamientos teóricos que nos permitan pensar acerca de la experiencia concentracionaria y sus resonancias sociales. Particularmente, he intentado acercarme a la noción de ruptura y de vacío desde la especificidad de la figura del sobreviviente y la identidad que (re-) construye en y por la catástrofe. En este sentido, me interesó volver sobre el avasallamiento de este sujeto particular, pensando en lo que supone la ruptura de su propia biografía.

Las razones, para ello, son múltiples. Por un lado, considero que la figura del sobreviviente es una figura retaceada, difícil, poco abordada en la Argentina, pero necesaria

para la construcción de conocimiento teórico - analítico en torno a los procesos de desaparición – forzada y sus resonancias en el presente. Por el otro, me mueve a pensar en ella cierta necesidad de “dignificarla” –aun cuando ello sea parcial, fragmentado-. En este sentido, me atrevo a pensar en un rol activo de las Ciencias Sociales, en general, y de la Sociología en particular, en tanto espacios sociales que habiliten y promuevan la escucha, que posibiliten de alguna manera la palabra del sobreviviente. Que lo escuchen y dialoguen con él, que recuperen su experiencia, aquella que ha sido avasallada.

En “Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo Sacer III”, Agamben avanza en este sentido y recupera el sentido de la palabra “testigo” que nos interesa rescatar, aquella que remite a la propia experiencia, que pretende construir –aun en el imposible- una narrativa en torno de ella y que supone hablar del otro, pero también de sí: *“En latín hay dos palabras para referirse al testigo. La primera, testis, de la que deriva nuestro término “testigo”, significa etimológicamente aquel que se sitúa como tercero (terstis) en un proceso o un litigio entre dos contendientes. La segunda, superstes, hace referencia al que ha vivido una determinada realidad, ha pasado hasta el final por un acontecimiento y está, pues, en condiciones de ofrecer un testimonio sobre él. Es evidente que Levi no es un tercero; es, en todos los sentidos, un superviviente”* (Agamben, op. cit.: 15).

Señala una sobreviviente: *“Estas reflexiones como aparecidos, sobrevivientes, liberados, nacen de constatar una conducta social. Ignorar esta porción de realidad como materialidad a la vez que símbolo, ¿no es otro dato de esa tendencia a eludir lo problemático, distinto, cuestionador de las creencias estructuradas? Ante las cámaras de televisión los Scilingos provocan conmoción. ¿Fue necesario que los represores dijeran lo que nosotros expusimos más de una década atrás para que tomara estatuto de verdad? ¿Entonces a nosotros no nos creyeron? ¿Los aparecidos aparecimos para la sociedad? ¿Dónde estamos? La aparición de los HIJOS como realidad humana y organizativa contribuyó a revelar este no registro. “Hay dos polos —se dice—: las Madres y los Hijos.” Madres e Hijos certifican que la memoria permanece. ¿Y nosotros?”* (Daleo, 2009: 38 y 39).

Bibliografía:

- Actis, Aldini, Gardella, Lewin, Tokar: *Ese Infierno. Conversaciones de cinco mujeres sobrevivientes de la ESMA*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 2001.
- Agamben, Giorgio: *Medios sin fin*. Madrid, Editora Nacional Madrid, 2002.
- -----: *Estado de excepción*. Buenos Aires, Adriana Hidalgo Editora, 2003.
- -----: *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo sacer III*. Valencia: Pre-textos, 2000.
- Amatis Sas, Silvia: “Recuperar la vergüenza”, en Puget, Janine y René Kaës, eds., *Violencia de Estado y psicoanálisis*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1991.
- Calveiro, Pilar: *Poder y desaparición*. Buenos Aires: Editorial Colihue, 1998.
- Castoriadis, Cornelius: *La institución imaginaria de la sociedad*. Vol. II, Buenos Aires, 2da reimpresión, Tusquets Editores, 2003.
- -----: *Psicoanálisis, proyecto y elucidación*. Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires. 1992.
- -----: *Sujeto y Verdad en el mundo histórico-social*, Buenos Aires, Editorial Fondo de Cultura Económica, 2004.
- Daleo, Graciela. “Las palabras de la Memoria”. Artículo publicado en Cuentas Pendientes Nº 3, Revista de la Cátedra Libre de Derechos Humanos de la Facultad de Filosofía y Letras, UBA, agosto de 1997. Reeditado en el documento *Acompañamiento a Testigos y Querellantes en el Marco de los Juicios contra el Terrorismo de Estado. Estrategias de Intervención. (Segunda Parte)*. Boletín Oficial de la República Argentina, Año CXVII, Número 31.712. Buenos Aires, agosto de 2009.
- Foucault, Michel: *Microfísica del poder*. Madrid, Las Ediciones de La Piqueta, 3ra edición. Edición original en francés. Traducción de Julia Varela y Fernando Alvarez – Uría, 1992.
- -----: *Tecnologías del yo*. Barcelona, Paidós, 1990.
- Freud, Sigmund: “Duelo y melancolía”. En *Obras completas*, Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1976 [1915].
- Gatti, Gabriel: “Algunas anécdotas y un par de ideas para escapar de las ficciones modernas acerca de la identidad colectiva”, en *Berceo*, 153. 2007.
- -----: “Comunidades precarias en los universos sociales del detenido-desaparecido: los “hijos de”, vástagos bastardos traicionando progenies, huérfanos

paródicos consumiendo Historia”, en G. Gatti *et al.*, *Comunidad, identidad, sociología*, Anthropos, Barcelona. 2010 (en prensa).

- -----: *El detenido-desaparecido. Narrativas posibles para una catástrofe de la identidad*. Ediciones Trilce, Montevideo, 2008.
- -----: “Identidades (de la) basura”, en E. Imaz (ed.), *La materialidad de la identidad*, editorial Hariadna, San Sebastián. 2008.
- -----: “La materialidad del lado oscuro (Apuntes para una sociología de la basura)”, en G. Gatti *et al.*, *Tecnología, cultura experta e identidad en la sociedad del conocimiento*, servicio Editorial de la UPV, Bilbao. 2009.
- -----: “La teoría sociológica visita el vacío social (o de las tensas relaciones entre la sociología y un objeto que le rehuye)”, en A. Ariño (Ed.), *Las encrucijadas de la diversidad cultural*, CIS, Madrid. 2005.
- Izaguirre, Inés: *Los desaparecidos: recuperación de una identidad expropiada*, Cuadernos del Instituto de Investigaciones de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA), Mayo, Buenos Aires, 1992.
- Kaës, René: “Rupturas catastróficas y trabajo de la memoria. Notas para una investigación”, en Puget, Janine y René Kaës, eds., *Violencia de Estado y psicoanálisis*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1991.
- Kaufman, Susana: “Sobre violencia social, trauma y memoria”. Seminario sobre Memorias de la Represión, Montevideo, 1998.
- LaCapra, Dominick: *Escribir la historia, escribir el trauma*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2005.
- Longoni, Ana: "Traiciones. La figura del traidor (y la traidora) en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión", en Jelin y Longoni, comps: *Escrituras, imágenes y escenarios ante la represión*. Siglo XXI, 2005.
- -----: “Traiciones. La figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión”. Editorial Norma, Buenos Aires, 2007.
- -----: "Los sobrevivientes. Voces para un debate necesario", en Revista Puentes, año 7, nro 21, 2007.
- Pollak, Michael: *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*. La Plata: Ed. Al Margen, 2006.
- Puget, Janine: *El trauma, los traumas y las temporalidades*, Buenos Aires, Psicoanálisis APdeBA, Vol.XXVII, Nº 1/2., 2005.

- Puget, Janine: “Violencia social y psicoanálisis. De lo ajeno estructurante a lo ajeno-ajenizante”, en Puget, Janine y René Kaës, eds., *Violencia de Estado y psicoanálisis*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1991.
- Ricoeur, Paul: *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires: FCE, 2004.
- -----: *Vivo hasta la muerte*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2008.
- Rosenman, Anny: “Shoa, silence, ecriture”, en Mura – Brunel, A., Cogard, K., *Limites du langage: Indicible ou silence*, París, 2002.
- Ulriksen-Viñar, Maren: “La transmisión del horror”, en Puget, Janine y René Kaës, eds., *Violencia de Estado y psicoanálisis*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1991.
- Vega Martínez, Mercedes: “La desaparición: irrupción y clivaje”, en Ruth Sautu, comp., *El método Biográfico. La reconstrucción de la memoria de la sociedad a partir del testimonio de los actores*. Bs. As.: Ed. de Belgrano, Universidad de Belgrano, 1999.
- -----: “La desaparición: un proceso mucho mas complejo que la muerte de un individuo” en Antogazzi y Ferrer, comps: *Argentina las raíces históricas del presente*. Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario. Rosario, 1997.